

propuestas para un proyecto argentino



Publicación del Instituto para el Modelo Argentino Nº8

Basavilbaso 1378, 3º "H" - (54 11) 4328 3923 - www.sitioima.com.ar - correo@sitioima.com.ar

Integrar a los pueblos

IDENTIDAD LATINA O GLOBALIZACION

POR JOSE LUIS DI LORENZO
jdilorenzo@sitioima.com.ar

El Proyecto Nacional y Latinoamericano impone recuperar nuestra autonomía, reinstalando los valores espirituales y solidarios de nuestra latinidad e integrando sin dilaciones a nuestros pueblos.

DYN



El contexto internacional está signado por lo que se denomina globalización (expresión anglosajona, que debería reemplazarse por la latina mundialización), nombre que mantenemos por simbolizar los valores culturales que impone. La globalización afecta los diferentes órdenes de la vida social y es vincular, ya que en la medida que renunciamos a nuestra autonomía afecta a todas las relaciones humanas –individuales o colectivas– apoyándose y apelando para sus fines a la revolución tecnológica, a la información y a las comunicaciones sociales. Las opiniones están divididas entre quienes sostienen que siempre existió y va a seguir existiendo –un proceso irreversible e inevitable– y los que creen que es algo novedoso.

Es bueno establecer si realmente se trata de un modelo indeterminado, ingobernable y autopropulsado para atender los asuntos mundiales, o lo que está mundializada es la creencia de que todo está globalizado, convergiendo hacia una economía de mercado y una democracia liberal.

Lo que parece claro es que se trata de un nuevo orden internacional, en el que el capital asume su actual carácter multidimensional mediante el aumento del comercio internacional, de las inversiones extranjeras directas, y de las colocaciones financieras internacionales o colocaciones de cartera. Lo nuevo es la incorporación de la tecnología, la celeridad en la toma de decisiones y la inmediatez de las comunicaciones. Lo parecido es el desarrollo de los sectores capitalistas, y la diferencia aparece con la expansión del mundo financiero especulativo.

Bajo su influjo, el comercio internacional, entendido como relaciones de intercambio entre distintas naciones creció, pero subordinado a la lógica de las multinacionales, cuyas filiales realizan el 45 por ciento de las exportaciones mundiales (1999). Se presenta como un sistema "más eficiente", ya que ahorra costos de transacción, pero genera una diferencia que es absorbida por los grupos y no por los países, logrando además que los precios de transferencia difieran del precio real, eludiendo impuestos.

Otra dimensión, menor en crecimiento y volumen, es la de las Inversiones Extranjeras Directas de las empresas multinacionales (con filiales en varios países), las que pasaron del cinco por ciento del PBI mundial en 1998 al 20 por ciento en 2000, y que en un 48 por ciento se concentraron en servicios, especialmente agua, electricidad, comunicaciones y transporte, lo que pone en evidencia la importancia de las privatizaciones como impulsoras de la globalización.

Este proceso jerarquiza lo financiero en desmedro de lo productivo. Entre 1980 y 1992 los >>>

Este ejemplar acompaña la edición de Página/12 del 2 de agosto de 2004

EL DERECHO A LA IDENTIDAD LATINOAMERICANA

POR FRANCISCO JOSE PESTANHA
fpestanha@sitioima.com.ar

Muy a pesar de los denodados esfuerzos que viene efectuando el individualismo positivista por negarlo, el derecho a la identidad de comunidades y pueblos ha sido reconocido universalmente.

"A todo Sarmiento
le llega su Hernández y a
todo Mitre su Saldías."

Habitualmente suele recurrirse al vocablo identidad para designar la relación entre dos o más realidades o conceptos diferentes en ciertos aspectos pero que se asemejan en otros. También puede echarse mano a dicho término, para hacer referencia a las cualidades que indican un "ser específico" o "modo de ser". En tanto proceso histórico, la identidad nunca es "integralmente definida ni definitiva"; va mutando con el devenir del tiempo, mientras se consolida en sus aspectos distintivos. A nivel individual, la identidad de todo ser humano se configura a partir de un desarrollo evolutivo de socialización-individuación, en el cual aspectos psico-fisiológicos, socio-culturales e históricos se codeterminan entre sí en un contexto ecológico y de interacciones de componentes significativos del mundo único del individuo como, por ejemplo, en "la familia".

Ciertos caracteres del fenómeno identitario que se manifiestan en el sujeto pueden percibirse a nivel social, y a partir de allí es posible establecer una vinculación entre este fenómeno y la cuestión de la nacionalidad. Me refiero al conjunto de elementos y procesos que determinan ciertos "modos de ser colectivos" y que instituyen las diferencias entre comunidades nacionales. En ese sentido, y muy a pesar de los denodados esfuerzos que viene efectuando el individualismo positivista por negarlo, el derecho a la identidad de comunidades y pueblos ha sido reconocido universalmente, posee vastos antecedentes y encuentra en el principio de autodeterminación de los pueblos su arista más difundida; obtiene, además, sustento jurídico en los mismos principios que le reconocen al individuo ese derecho.

En la actualidad este aspecto colectivo de la identidad cobra relevancia para nuestra Latinoamérica. Si bien la quimera de la globalización ha ejercido gran influencia sobre las clases intelectuales bajo la promesa de un futuro cooperativo, en el cual las particularidades, en tanto identidades nacionales, carecían de sentido, la historia de la humanidad sigue dando cuenta de una dinámica en la cual individuos y comunidades alternan entre los extremos de la cooperación solidaria y la confrontación virulenta.

En el marco de dicha dinámica y sobre todo a partir de principios del siglo XIX en Occidente, el mundo anglosajón viene extendiendo sistemáticamente sus redes comerciales y semióticas hacia estos lares, cobrando una influencia cada vez más relevante en los procesos económicos y sociales locales y regionales, en detrimento de las expectativas locales. Para consolidar dicha estrategia se ha recurrido, entre otros, a dos instrumentos: la supresión de la historia y la negación de la nacionalidad.

El primero consiste en producir una versión deformada de la historia latinoamericana, orientada hacia la formación de un juicio despectivo sobre las capacidades de las razas que poblaron y pueblan América latina, que fue forjado y reproducido a partir del influjo de una estrategia expansiva funcional a los intereses sajones, y es lo que suele enseñarse en los ciclos escolares y difundirse por los medios de comunicación.

Esta versión ha contado con el fuerte sustento local de distintas generaciones de tilingos y cipayos quienes, conscientes o no, adoptaron una posición intelectual coherente con dichos intereses. Difundida principalmente en nuestro país por los miembros de la generación del '80, es netamente segregacionista, ya que presupone la existencia de razas "más aptas" que otras para el desarrollo capitalista. Dos consignas fueron las elegidas aquí: "Gobernar es poblar" (¿con quién?) y "El problema de la Argentina es la extensión".

La historiografía oficial intentó, y aún lo hace, ignorar lisa y llanamente procesos y actores históricos relevantes para la constitución de nuestras comunidades bajo el influjo de la vinculación pre-hispánica e hispánica. Asimismo, excluyó, y aún excluye, otros fenómenos e instituciones que estuvieron presentes en nuestro devenir histórico, por ejemplo, el caudillismo. Dicha estrategia también se hizo extensiva a los aportes biológico-culturales de cierta inmigración "no esperada" por los precursores vernáculos del *laissez-faire*.

El segundo instrumento en el que se sustentó aquella estrategia es la privación de la nacionalidad. De esta forma, la vinculación de la idea de Nación con cierta homogeneidad étnica, racial y cultural, sustentada en corrientes teóricas emanadas del Viejo Mundo, sigue aún estando presente en los análisis políticos y sociológicos.

Con relación a este último instrumento y desde un pensamiento auténticamente latinoamericano, deben impulsarse mecanismos tendientes a revertir esta propensión. En su tiempo, Raúl Scalabrini Ortiz observó con nitidez la potencialidad de la heterogeneidad constitutiva en nuestra comunidad nacional, y su razonamiento puede extenderse al universo latinoamericano. El autor advertía que en la amalgama de los aportes humanos que recibió nuestra patria estaba cifrada la esperanza para la Argentina del futuro, ya que en las sociedades multígenas "el ser de orígenes plurales tiene brechas abiertas hacia todos los horizontes de la comprensión tolerante...", y que "... en cada dirección de la vida, hay un antecedente que le instruye en una benigna coparticipación de sentimientos. Nada de lo humano le es ajeno".

Así como la supresión total o parcial de elementos identitarios relevantes priva al sujeto de una parte sustancial de su ser biográfico y en tanto omite su pasado altera su presente y condiciona su futuro, la sustitución total o parcial de aspectos identitarios de orden biológico, cultural o histórico de una Nación determinada priva a su comunidad de su propio ser. El acceso a la verdad histórica constituye así una parte esencial del derecho a la identidad. Negar una parte de ella es negarnos a nosotros mismos y, a la vez, una tarea infecunda, ya que tarde o temprano y, como sucedió en nuestro país, a todo Sarmiento le llega su Hernández y a todo Mitre su Saldías.

Un adecuado análisis de la identidad colectiva y el reconocimiento de nuestra potencialidad como Nación aportan interesantes herramientas analíticas para examinar la actual coyuntura, y en especial la cuestión de la inestabilidad social e institucional que la caracteriza. Cualquier sistema político, normativo o simbólico que pretenda establecerse con un cierto grado de continuidad debe encontrar fuerte sustento en la base social y cultural en la que pretende asentarse. Es allí donde se debe explorar para encontrar sus elementos histórica y socialmente relevantes.

Queda claro entonces que el principal desafío para aquellos Estados que integran la gran Nación latinoamericana consiste en la puesta en marcha de un profundo programa de acción social, intelectual y cultural que apunte a rescatar y consolidar aquellos instrumentos de índole cohesiva que contribuyan a la reconstrucción de la identidad, presupuesto necesario y constituyente de nuestra nacionalidad ■

IDENTIDAD LATINA O GLOBALIZACION

POR JOSE LUIS DI LORENZO

>>> activos productivos crecieron un 2,3 por ciento anual, en tanto los financieros crecieron un seis por ciento anual. Las transacciones en divisas resultan 12 veces superiores a lo producido diariamente en el mundo y 82 veces mayores a las necesarias para intercambiar diariamente bienes y servicios (1988).

Estas tres dimensiones de la globalización requirieron la liberalización y desregulación de los sistemas financieros nacionales, la privatización de los servicios públicos, la apertura de mercados y la libre remesa de utilidades, bajo el paraguas conceptual del "Consenso", el de Washington.

El sistema capitalista siempre tiene ganadores y perdedores. Los primeros son los beneficiarios de la cada vez mayor acumulación de riqueza, en tanto como ocurre habitualmente son los pueblos los que pierden. La diferencia con otras etapas históricas radica en la ferocidad de la desigualdad, lo que constituye en sí mismo el germen de cambio.

El resultado está a la vista, una salvaje concentración de la riqueza en pocas manos y la exacerbación de la pobreza cada vez más extendida. La desigualdad resulta ostensible: tres de cada cuatro analfabetos viven en los países en desarrollo, y mientras un habitante de los países desarrollados recibe 1.000 dólares de "gasto" educativo anual, uno del Sur apenas es receptor de 50 dólares. El uno por ciento de la población mundial –60 millones de personas– acumula igual riqueza que los 2.700 millones más pobres. En tanto 358 personas atesoran una riqueza equivalente a lo que necesita la mitad de la población mundial para vivir.

La Argentina, que fue incorporada autoritariamente y mediante el golpe militar de 1976 a este paradigma económico, debe asumir que cambiar implica una inevitable ruptura con el proyecto anterior, originando una nueva legitimidad, aunque haya períodos de coexistencia.

La cuestión cultural

El problema no es económico, es cultural, y en parte se consolida por el triunfo de la cultura sajona sobre la latina. Sus valores son el egoísmo como virtud, la felicidad del confort como realización, la especulación sobre la producción y el negocio como derecho. Sus instrumentos tienen que ver con la información concentrada (deformada) a través de los medios de comunicación privados en su mayoría, con censura o autocensura, financiados por la publicidad y con centros oligopólicos de información. Sin descartar el disciplinamiento social mediante un orden mundial militar –o local– autoritario y jurídico asimétrico y con fundamento filosófico en lo que expresa acabadamente Ayn Rand, cuando plantea la exacerbación del Yo, despreciando a los débiles como en la vieja concepción espartana.

Párrafo aparte merece el significativo expansionismo militar norteamericano en América del Sur, sostenido desde el nuevo Plan Patriota colombiano, que intenta involucrar cada vez más a Ecuador, desde la operatoria de la Marina de Estados Unidos en la Base de Manta, el espionaje sobre la Amazonia, tanto brasileña como peruana, y las maniobras conjuntas de tropas y agentes norteamericanos con el Ejército boliviano, en la erradicación de la coca del Trópico de Cochabamba.

Discrepando con quienes creen que cuando se define un problema como cultural se habla de algo imposible de resolver, porque suena a una genética inmodificable, nuestra ventaja y oportunidad es ser portadores de una identidad, aunque no todos la reconozcan. Un pueblo cuando tiene conciencia de haber vivido un proyecto conforme a determinados valores reclama volver a vivirlo. Enseña Gustavo Cirigliano que un Proyecto Nacional es objetivo; no es el deseo subjetivo de una persona o grupo. Es una cuasi determinación o exigencia que brota de la misma realidad social. No es fantasía, ni sueño irrealizable, ni tampoco un deseo imaginario. Esta verdad no es aparente o la que registran los encuestadores sino la que está oculta, pugnando por surgir y que reclama su existencia entresacada desde las profundas entrañas de la realidad, que a veces se pretende eludir.

Por ello cambiar el eje de la explotación de los pueblos es posible, aunque hay que convenir que es necesario redefinir el marco filosófico y su implementación política. Volver a la Política es el instrumento, superando las organizaciones sociales y partidarias que fueron vaciadas y terminaron siendo funcionales a la sumisión imperial concretada.

No alcanzan cambios estéticos o formales, agrega Cirigliano. El corte con el proyecto vigente se expresa o manifiesta a través de una dirigencia nueva, en el cambio de las instituciones, de la estructura económica, en la alteración de los centros de poder, del espacio físico-geográfico, en la modificación de los actores, los valores en vigencia, el sistema educativo, los lineamientos culturales. Una ruptura que se torna fuente y da paso a una nueva legitimidad. Si el cambio sólo se produjera en la superestructura o en un nivel superficial, la fuerza o energía propia de la estructura anterior emergerá, para prevalecer restableciendo su anterior legitimidad.

Apelar a los vencidos, a la población marginal y a los grupos desfavorecidos, es una opción apta para el cambio, porque no están comprometidos con los intereses del proyecto que se busca sustituir.

De cara al proyecto nacional

Por la coyuntura no se debe perder de vista el Proyecto Nacional como objetivo nacional y latinoamericano. Cuando el presidente

Néstor Kirchner, "legalizó" a miles de "ilegales" latinoamericanos, se mostró el rostro de la integración humana. Nuestra Constitución todavía determina que promovemos y privilegiamos la inmigración europea, y por mucho tiempo despreciamos como ilegales a quienes curiosamente definimos como "hermanos latinoamericanos".

La generación del '80 definió un proyecto de país, con ámbito territorial limitado a la pampa húmeda y con salida al mar por Buenos Aires. Precisó que las mujeres eran la población a incluir en la actividad productiva adjudicándoles el rol docente. Y también eligió un proyecto productivo, el agrícola ganadero, y lo incorporó a la currícula educativa.

Frente al neocolonialismo mental debemos asumir que podemos –y debemos– construir un camino alternativo. Tenemos salida en la Política –con mayúsculas–, pero hay que tener cuidado, porque la verdadera reforma política consiste en acordar un modelo para un Proyecto de País. Basado en el propio pensamiento, superando nuestra tradicional visión eurocéntrica –hoy anglocéntrica– y que abreve en todas las categorías de análisis existentes, asumiendo nuestra propia realidad e identidad.

Al definir el ámbito territorial, hay que superar la falacia que instaló la "inviabilidad" de las provincias y también de algunos países latinoamericanos. Y hay que extender las fronteras reales a los límites de la Patria Grande, implementando la integración de los pueblos latinoamericanos. Reconociendo la identidad común preexistente, fundada en valores que nos comprometen y en una historia compartida y transitada desde las misiones jesuíticas, los "quilombos brasileros", y que pasa inexorablemente por Artigas, O'Higgins, Bolívar y San Martín.

Digámoslo claramente, el Mercosur nació mal y como un ámbito sólo de negocios. Su contracara, el ALCA, inventado por Estados Unidos, tiene como objetivo reducirlo hasta su desaparición, para abrir las puertas a un supermercado hemisférico al mejor estilo neoliberal. Construir el Proyecto Nacional y Latinoamericano impone recuperar nuestra autonomía, reinstalando los valores espirituales y solidarios de nuestra latinidad e integrando sin dilaciones a nuestros pueblos.

Frente a un modelo que sólo concita intereses, potenciando las pujas y enfrentamientos egoístas, un proyecto imbuido de ideales corre el riesgo de quedarse en la irrealidad, por lo que será necesario generar vínculos más sólidos que modelen el fortalecimiento interno de los actores del espacio a integrar. Se trata de continuar el proyecto latinoamericano, el de la libertad compartida: "Independizarse, independizando". Ahora "desarrollándonos para liberarnos". El pueblo latinoamericano podrá liberarse del Norte imperial asumiendo con convicción sus valores y su historia, génesis de su identidad ■

DYN



NO ES LO MISMO

POR ALFREDO CARAZO
acarazo@sitioima.com.ar

Estructuralmente todo fue orientado a instalar mejor un capitalismo hegemónico, depredador y salvaje, que asegurara la dependencia de las naciones y buscara deteriorar la identidad de los pueblos.

Que la globalización neoliberal se imponga, para nada indica que es inevitable. Tiene más que ver con una relación de fuerzas desfavorable a los pueblos y sesgada hacia la concentración económica y financiera más despiadada. Tampoco se puede dejar de considerar la ausencia de proyectos alternativos serios y sustentables para modificar esta situación que aparece como irreversible. Nuestros países –sobre todo los latinoamericanos y sin exceptuar otras regiones del mundo– son un espejo en la economía mundial. Hace tiempo que las Naciones Unidas mostraron la hiperconcentración de la riqueza y de las finanzas, como que apenas 358 personas tienen en sus manos el equivalente a lo que necesita la mitad de la población mundial para vivir.

Como contradiciendo aquella muerte anunciada de las ideologías, hay todo un sofisticado credo de la globalización, que desde sus inicios apuntó a imponer un nuevo orden –y lo logró– garantizando los intereses geoeconómicos y geopolíticos de quienes controlan los centros del poder mundial. Estructuralmente todo fue orientado a instalar mejor un capitalismo hegemónico, depredador y salvaje, que asegurara la dependencia de las naciones y buscara deteriorar la identidad de los pueblos.

Y mientras la globalización fue acuñada desde la cultura anglosajona, desde nuestra percepción latinoamericana, fue apareciendo la idea de la mundialización, más ajustada a la historia misma de la humanidad, a sus logros y limitaciones, a los hombres y a todos los hombres, a los pueblos y las naciones, con toda la carga de una dimensión social, política, económica y cultural distinta. No es lo mismo, aunque hay que reconocer que el neoliberalismo le asignó su propia lógica, orientando de manera antagónica un proceso que empujó a la humanidad a una crisis humanitaria y de valores con futuro incierto. Desde allí se inscriben dos visiones del mundo, aquella de la dictadura de los mercados y las finanzas concentradas, que desintegran y debilitan las democracias formales, y la otra que tiene como utopía realizable la construcción de un mundo mejor, más libre, más democrático, más justo y solidario.

Es en esta confrontación que se están jugando a ritmo acelerado y permanente nuevas conformaciones geopolíticas continentales que exceden los ya estrechos marcos de los Estados-Nación, habida cuenta del quiebre y limitación de las soberanías nacionales de países eufemísticamente denominados en desarrollo, mientras se siguen potenciando mecanismos de transnacionalización de las estrategias de los países más ricos, que se imponen política y tecnológicamente. La ley del más fuerte ya es conocida y padecida, porque además de dominar margina en la periferia. A esto contribuye fuertemente la militarización de la sociedad internacional y el debilitamiento de las instituciones multilaterales, que no sólo pone en peligro permanente a toda la humanidad, sino que confisca millones y millones de dólares para colocarlos en la carrera armamentista, acentuando la injusticia en los países periféricos.

No es casual entonces que este proyecto transnacional esté basado en una democracia restringida y formal. Incapaz de dar respuestas certeras y eficaces –alejadas del pragmatismo estéril– que puedan animar la participación popular en la reconstrucción del tejido social destruido. Si no se tiene una visión crítica del actual estadio de la globalización, se caerá en la trampa de aceptar que la democracia siga siendo la legitimadora de un orden social injusto, que exhibe como consecuencia inevitable la violencia de la pobreza y de la marginalidad, en lugar de ser la forma política del cambio social.

Este año se conoció el Informe del Banco Mundial *Inequality in Latin America and the Caribbean: Breaking whith History?* o lo que es lo mismo *Desigualdad en América latina y el Caribe: ¿Romper con la Historia*, en el que se sostiene que "típicamente, las instituciones políticas de la región son débiles. Y aunque las transiciones hacia la democracia han traído importantes avances, los patrones de influencia permanecen altamente desiguales, con la frecuente persistencia de tradiciones de clientelismo y apadrinamiento, a pesar de las elecciones". Tampoco es casual, porque ha resultado mucho más fácil imponer la globalización de los ajustes más radicalizados, utilizando a muchos actores políticos y sociales como gerentes y brazos largos de la ideología colonial. Nuestros países resultan un buen ejemplo de la cooptación política que en no pocos casos sumó a la desintegración nacional y a la destrucción de los Estados, verdaderos actos de corrupción.

También se dio a conocer el informe de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, que impulsa la idea de una "globalización justa", como condición indispensable para "crear oportunidades para todos". Y todos es el mundo más cercano, los que menos tienen, a los que habría que devolverles la esperanza, la utopía de un mundo mejor, desde las urgencias de una política de Estado enfocada prioritariamente a lo social. Y además, para recuperar la sensibilidad frente a la injusticia social, que no debe ser limada aún por las expresiones de algunos sectores que siguen siendo funcionales a los enemigos de la democracia ■

EDITORIAL

QUE EL PAJARO CANTE

Un pájaro es indisociable de la libertad. Un Pueblo también. Si escribimos pueblo a secas estamos diciendo pueblo libre, de lo contrario, será necesario adjetivar, será pueblo oprimido, pueblo subyugado. Según las hermosas instrucciones para retratar un pájaro que nos dejara Jacques Prévert, lo primero que hay que hacer es pintar la jaula y enseguida poner algo adentro que atraiga al pájaro. Con la globalización pasó eso, pintaron una jaula de sólidos barrotes y enseguida el cebo. El pájaro entró rápidamente y los gobernantes de los '90 nos abrumaban con las visiones en la cual la Argentina dejaba atrás el subdesarrollo y se insertaba en el club de la prosperidad.

La jaula

Caracterizar la globalización no es una tarea fácil, dada la multiplicidad de sentidos que esta palabra asume en el discurso de los medios de comunicación y de los factores de poder. Para algunos estudiosos la misma es algo que siempre existió y siempre va existir, para otros es algo novedoso. Más importante, para casi todos los "analistas" y dirigentes políticos, la globalización es un fenómeno irreversible al cual "no queda otra" que adaptarse subordinándose a las reglas del juego (más o menos) liberales, he aquí los barrotes.

Aunque de barrotes los argentinos conocemos mucho, los de la globalización tienen características novedosas. La novedad la encontramos en los jamás alcanzados grados de libertad que asumen los capitales para invertir donde quieren, como quieren y hasta cuando quieren.

En general, cuando nos hablan de globalización se refieren a lo que las escuelas anglosajonas de negocios asimilan a un tipo de estrategia de empresa, la denominada "estrategia global". Para nosotros, en cambio, es más correcta la palabra latina mundialización, entendida ésta como proceso general. La mundialización es una configuración particular del capitalismo mundial en el cual una forma específica de acumulación de capital –la financiera– domina sobre las otras (la productiva y la comercial). La acumulación financiera es la centralización de los beneficios industriales no consumidos ni reinvertidos, que son valorizados a partir de colocaciones de divisas, bonos, obligaciones y acciones. De esta forma, tanto la acumulación productiva, como la tecnológica quedan subordinadas a la acumulación financiera, tal como lo muestra el criterio de selección de empresas viables en el Nasdaq. Sólo es elegible aquella empresa que tenga en su cartera proyectos tecnológicos, que en un período de tres años, tripliquen el valor inicial de las acciones. De esta manera se incentivan perfiles de desarrollos tecnológicos, que no cumplen todas las etapas necesarias para su éxito comercial y difusión, y que son la puerta abierta a la generación de burbujas especulativas.

A fin de evitar determinismos de derecha (e izquierda), cabe aclarar que dicha configuración no resulta de una situación de equilibrio (ni de ley tendencial) alguna, sino de cambios políticos e institucionales mayores, como la desregulación y la apertura de los mercados financieros nacionales desde los años '80, que permitieron centralizar la enorme masa de capital acumulada durante la "edad de oro" de la posguerra (reciclada durante los '70 a partir del endeudamiento del Tercer Mundo) en ciertas plazas financieras (la city de Londres y Wall Street).

En esta nueva configuración, las empresas multinacionales siguen siendo los actores importantes en la organización de la producción y la innovación a nivel internacional, en la apropiación del valor generado y en asegurar de manera directa la jerarquía del capital sobre el trabajo. No obstante, son las instituciones financieras –bancarias y especialmente no bancarias como los fondos de pensión y de inversión– las que de manera menos visible expresan la dominación del capital financiero. Un capital que busca hacer dinero sin salir de la esfera financiera, a partir de intereses, dividendos y otras rentas resultantes de la posesión de acciones y de la especulación con las mismas. Y que para ello impone sus normas de "governance" sobre los países (a través de los diversos consensos y posconsensos de Washington de los organismos internacionales) y sobre las empresas (a través de las normas de la "corporate governance" de las consultoras corporativas).

Los barrotes

Si las finanzas mundializadas son las que producen las reglas del juego de la mundialización, su difusión está fuertemente asociada a la voluntad de los países de someterse a ellas. Así la mundialización no es otra cosa que un régimen económico y político internacional, que surge de la adopción de las políticas de liberalización, desregulación y privatización, así como de la ideología del "laissez faire" por parte de prácticamente todos los gobiernos y las elites políticas en el mundo. La Argentina de los '90 es un caso paradigmático de tal proceso de (sobre) "adaptación" a las reglas del juego. Apreciación cambiaria, liberalización comercial, desregulación y privatización, fueron los cuatro pilares sobre los cuales el mejor alumno aplicó para su entrada al grupo de los "países emergentes".

El tipo de cambio bajo posibilitó la repatriación de una mayor cantidad de dólares baratos por parte de bancos, empresas privatizadas de servicios públicos, trasnacionales de granos y viudas del Primer Mundo que obtenían rentas a tasas impensables en sus países de origen. También posibilitó a la "burguesía nacional" transformar su capital productivo en capital a interés denominado en dólares a partir de la venta de sus activos, resultantes de décadas de esfuerzos de los trabajadores e ingenieros locales. Hoy calificado ya no como "país emergente" sino como uno de los "países de gran endeudamiento", la economía argentina se caracteriza por una suma de organizaciones productivas e instituciones científicas y tecnológicas desconectadas que si no se articulan rápidamente puede retroceder 70 años en términos de estructura productiva.

Luego, como resultado de tres décadas casi ininterrumpidas de tipo de cambio bajo y de desmantelamiento de toda capacidad de regulación del Estado, sólo se articularon aquellas actividades en las cuales "a pesar" de las políticas de los '90, ciertas empresas multinacionales y grandes grupos locales aprovecharon las ventajas naturales para expandir de manera limitada sus "redes" de negocios. Con una profundización de la especialización ricardiana en exportación de materias primas, a partir de la difusión de nuevos paquetes tecnológicos y la instalación de grandes plantas de procesamiento de granos, la Argentina se inserta en la mundialización como mero generador de superávit comerciales a transferir a los acreedores y a las casas matrices. Del cebo comen unos pocos.

Borrar los barrotes

Para Prévert, si se quiere tener éxito en el retrato del pájaro es necesario borrar los barrotes, hacer desaparecer la jaula. Esa tarea se la encomienda al pintor, pero para dar por terminado el cuadro es necesario que el pájaro cante, porque si no lo hace el cuadro es malo.

La Argentina, después de 10 años de déficit comerciales, se reincorpora al conjunto de países que deben ser competitivos y que deben exportar. Esto es acorde con un mundo en el cual sólo la "potencia rentista mundial", los Estados Unidos de Norteamérica, puede mantener déficit persistentes de cuenta corriente y fiscales, situación de deudor neto que sólo se mantiene gracias a las inversiones de cartera de los países con superávit en cuenta corriente y a los servicios de la deuda del tercer mundo: el pintor no tiene interés en borrar los barrotes.

Dentro de la jaula, la consigna es "exportar" y la discusión en materia económica posconvertibilidad se limita a discutir el nivel de tipo de cambio, nadie explica qué hacer cuando se agote el crecimiento, a partir de la "sustitución fácil" de importaciones y sea necesario discutir cómo diversificar la estructura productiva más allá de los agronegocios. Ese momento está llegando y es necesario replantearse seriamente al igual que Alemania, Francia, Estados Unidos durante la hegemonía de la política librecambista inglesa en el siglo XVIII y XIX, la necesidad de cuestionar las reglas del juego de la mundialización e implementar una protección selectiva del mercado interno.

Para esto es necesario que los Estados nacionales recuperen los principales instrumentos de política económica rompiendo con las mencionadas reglas del juego y articulando un desarrollo económico autocentrado, para lo cual, claro está, es necesario fundarlo en una generalizada redistribución de ingresos, que le otorgue una legitimidad política que borre definitivamente los barrotes y nos permita cantar ■



UN LU

El Mercosur tien
Mercosur sin ins
vicisitudes, con sus

Cuando se mira a vuelo de pájaro la política exterior argentina de los últimos años, se la puede calificar de esencialmente difícil de prever. Esa dificultad en ser previsible deriva de haber creído que el acercamiento con los poderosos, podría hacernos poderosos por contigüidad, de haber acatado agendas en cuya elaboración no habíamos participado, de haber privilegiado como propios dogmas con validez en realidades diferentes de la nuestra, de haber confiado más en la adhesión que en la elaboración.

A imagen y semejanza de nuestra fracturada vida institucional y democrática, la política exterior argentina se caracterizó más por sus rupturas que por sus continuidades. En un país habituado a dar vuelta la página sin que estuviera escrito hasta el último renglón, y por lo tanto en un ámbito de procesos irresueltos, la política exterior abrazó y abandonó credos como si se tratase de malos hábitos.

Naturalmente, todo intento de política exterior choca con los márgenes que impone la situación relativa del país que lo propone, lo que es aún más grave si el país no se ha pensado antes de pensar su vínculo con los demás. Esto no es nuevo en nuestra historia, aunque sí lo son el nivel de endeudamiento externo y la tesitura de los organismos multilaterales de crédito. Así y todo, son muchas las cosas que dependen de nosotros. Ser serios, esforzados, creativos en la previsión, audaces en la paciencia, depende de nosotros. Privilegiar los sectores en donde queremos tener ventajas por aptitud, sostener esas políticas, diferenciar las disputas inevitables respecto de las inexplicables, exteriorizar racionalmente lo que compartimos y lo que rechazamos, depende de nosotros.

El Gobierno cree firmemente en la necesidad de actuar dentro de una lógica multilateral y fortalecer el derecho internacional. Debemos lograr que el papel de las Naciones Unidas sea más enérgico y sus resoluciones efectivamente se cumplan. Apoyar una lógica distinta a ésa sería suicida para nuestro país. Vivimos una situación de claro desequilibrio de poder. Para resolverlo es necesario tratar de generar polos de fuerza e instituciones capaces de

contrarrestar el unilateralism
consulto.
Durante nuestro primer añ
gestión hemos procurado des
una política exterior activa a
ocupar, con una postura pro
–discreta, pero sólida, pruden
profesional–, todas las sillas
nibles en el concierto interna
nal. En este mundo lo único
manente es el cambio; por el
actitud aconsejable es la expe
y la actuación. Durante muc
años el país prefirió ojear las
ajenas antes que valorar las p
Así, se incurrió en la equivoc
idea de concebir nuestra inse
mundial y regional como un
puta de liderazgos. Se trató d
visión errónea. Los liderazgo
proclaman ni se reclaman, se
gan si es que uno efectivame
tiene. Por lo demás, es neces
entender que no existe una s
forma de ejercer el liderazgo.
ten liderazgos de volumen, d
cepto y de creatividad. Por s
dad, Chile posee un liderazg
concepto; por su tamaño, Br
tiene uno de volumen. Creo
nuestro país puede y debe as
un liderazgo de innovación.
gusta pensar en la Argentina
un país con iniciativa en el t
de las ideas y en la capacidad
plantear temas en la agenda p
ca internacional.
Debemos ser hábiles para t
formar la información en con
miento, articulándola eficien
te para lograr una rápida cap
de intervención y respuesta.
ello, tenemos que pensar más
nuestras propias potencialida
identificarlas, privilegiarlas, d
prioridad y mantenerlas a lo
del tiempo.
Nuestra política exterior d
ner siempre presente que vivi
en un país en el que casi la m
de la población no tiene gara

AFP



GAR EN EL MUNDO

POR RAFAEL A. BIELSA *

e ante sí el gran reto de consolidarse. Creemos que no hay
stitucionalidad. Lo otro sería una unión aduanera llena de
momentos de auge y depresión, vulnerable a las coyunturas.

o in-
ño de
splegar
fin de
pia
nte y
dispo-
acio-
per-
llo, la
ectativa
chos
cartas
propias.
cada
erción
a dis-
de una
s no se
otor-
nte los
sario
sola
. Exis-
le con-
u serie-
o de
rasil
que
spirar a
Me
como
erreno
d de
políti-

trans-
noci-
temen-
acidad
Para
s en
ades,
darles
largo

ebe te-
imos
nitad
ntiza-

dos sus derechos fundamentales. Por ello es que una de nuestras prioridades es lograr una inserción en el comercio mundial, de carácter productivo y no especulativo, que nos permita acceder de manera diversificada a los mercados, para que los beneficios lleguen a la mayor cantidad de sectores.

Para ello, debemos desarrollar procesos de integración con las naciones que posean complementariedad comercial. Los principios rectores de esta política son la reciprocidad y el pluritematismo. Reciprocidad quiere decir que nada daremos si no recibimos de nuestra contraparte un valor equivalente; pluritematismo, implica reconocer que tenemos intereses múltiples que no se limitan al desarrollo en el campo de la agricultura.

Creemos que la Argentina no debe optar por un sector comercial en particular. Hemos cambiado la visión tradicional de "país de una sola oferta" para comenzar a presentarnos como una Nación con intereses múltiples y no excluyentes. Una política comercial orientada a la diversificación de las exportaciones por productos y por destinos, permitirá que los bienes que enviamos al exterior sumen valor agregado.

Para desplegar la política comercial que queremos, necesitamos ser vistos como un socio creíble y confiable, además de lograr que nuestras iniciativas se sostengan en el tiempo como políticas de Estado. Dijo Jorge Luis Borges que el talento es una larga paciencia. El esfuerzo cotidiano del sector privado es fundamental. El papel de la Cancillería es abrir puertas, pero son los empresarios quienes deben privilegiar la apropiación productiva por sobre la especulación.

Para lograr los objetivos aquí mencionados, estamos transitando un buen número de escenarios de negociación. Mercosur, ALCA, Unión Europea, Estados Unidos, México, Chile, Sudáfrica, China, la India y Japón, son algunos de ellos.

Naturalmente, nuestra prioridad estratégica es el Mercosur.

Está claro que nuestro destino es latinoamericano y por lo tanto, tenemos que comenzar por fortalecer el bloque más cercano y afín. Sin embargo, eso no implica que debamos desertar de las negociaciones en torno al ALCA y marginarnos de un escenario hemisférico de negociación. Como país no podemos estar ausentes de ninguna silla, por modesta que sea la posición que ocupemos. Desde nuestra perspectiva no hay marcos buenos o malos de negociación sino buenos o malos negociadores. Son ellos, quienes en definitiva, darán a las distintas rondas de comercio el adjetivo que terminen mereciendo.

La integración regional es un proceso irreversible. Para este Gobierno es claro que sólo a partir de una alianza estratégica consolidada nuestra voz sonará más alto y podremos atender mejor nuestros intereses. El concepto de vínculo, contiene el de diferencias, puesto que ellas sólo pueden producirse en el contexto de una relación vigente. La Unión Europea ha dado muestra de ello en diversas situaciones. Ejemplo fue la denominada "crisis de la silla vacía", que a mediados de la década del '60 generó una impasse institucional. Fruto del desacuerdo entre los países miembro, con respecto al procedimiento de toma de decisiones en la CEE en lo atinente a la política agrícola común, Francia dejó de asistir al Consejo trabando por nueve meses la toma de decisiones. Esta situación logró resolverse a partir del Acuerdo de Luxemburgo suscripto en 1966, que reconoció el derecho de los países miembros a vetar las decisiones comunitarias, cuando consideraran que se atentaba contra intereses nacionales vitales.

En un contexto en el que no deben espantar las momentáneas desavenencias, entonces, nuestro principal socio es Brasil, país con el que en un año de Gobierno hemos alcanzado importantes acuerdos, como el Consenso de Buenos Aires y el Acta de Copacabana. Un aspecto importante de nuestra integración tiene que ver con el hecho de que pertenecer a un bloque regional supone trascender sin catástrofe los aspectos comerciales. Uno no sólo pertenece a un club para utilizar las instalaciones y dejar la toalla húmeda en el suelo.

El Mercosur tiene ante sí el gran reto de consolidarse. Creemos que no hay Mercosur sin institucionalidad. Lo otro sería una unión aduanera llena de vicisitudes, con sus momentos de auge y depresión, vulnerable a las coyunturas. Cuando hago referencia a esta institucionalidad estoy pensando tanto en la Comisión Permanente, como en un Parlamento y una Constitución.

La integración no es una panacea que nos permitirá resolver mágicamente todos nuestros problemas, porque en el mundo de hoy no existe para nosotros tal tipo de cosa, pero sí es una dinámica de cultura política superior donde marchan en un equilibrio –difícil, pero auspicioso y esperanzador– el fortalecimiento de los Estados junto a la construcción de instituciones supranacionales; la defensa de los intereses económicos y estratégicos nacionales y su potenciación dentro de un marco de integración regional.

Más que ante un desafío, estamos hoy frente a una oportunidad histórica. El desafío sólo depende de la voluntad del desafiante. La oportunidad histórica es la de la alineación irrepetible de múltiples estrellas. Podemos desaprovecharla como ya lo hemos hecho a lo largo de múltiples "décadas perdidas", pero no será porque no exista. La integración no es retórica sino realidad. El dilema sólo puede ser éste: Integración inteligente o intrascendencia permanente ■

** Rafael Bielsa es ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina .*

Crónicas del Agustino

EXCLUSION INCLUSION

POR GUSTAVO F. J. CIRIGLIANO

¿Quién incluye a quién? *(soltó el Agustino iniciando la reunión semanal y seguidamente alguien preguntó qué quería decir, pero él agregó)* O mejor, ¿a qué sociedad? (*Suscitó un poco de expectativa para organizar su exposición).*

Es una verdad dolorosa que la mitad de los argentinos están excluidos de los bienes, servicios y beneficios que se estiman han de ser normales en la presente sociedad. Carecen de los servicios de salud, educación, del derecho a la vida, al trabajo, a la libertad. De protagonizar su vida.

Por otra parte es verdad que la cruel realidad actual es resultado de la política establecida abierta e impunemente desde la década del 90. Con más precisión este hoy es resultado de la implantación de un "antiproyecto" cómplicemente aceptado por amplio número de argentinos. El antiproyecto de la Sumisión incondicionada al Imperio del Norte.

Una pregunta

Para compensar la innegable situación de exclusión se pregona la reinclusión a la sociedad mediante subsidios, planes de trabajo, ayudas, becas escolares, programas alimentarios, cursos de capacitación, entrega de medicamentos, etc. En síntesis, toda una serie de medidas para, si no resolver, al menos paliar buscando satisfacer las necesidades más básicas. Una actitud loable por sus intenciones. *(¿Adónde nos quiere llevar?, pregunta Patricio).*

Pero, y aquí viene mi pregunta inicial: ¿no hay algo incongruente cuando se pretende "incluirlos" en la misma sociedad que los excluyó y que, como no ha cambiado, volverá a excluirlos; lo que sólo será cuestión de tiempo?

Inclusión, sí, pero no a esta sociedad *(sostiene el Agustino con convicción),* no a este proyecto de país sino a otro diferente cuya naturaleza no sea en sí misma excluyente.

Inclusión, sí, pero ¿a qué sociedad? Si es a este estilo de sociedad capitalista, volverá a ser excluido. Como he señalado en otras ocasiones *(recordó el Agustino)*, ¿acaso el capitalismo no origina una sociedad intrínsecamente egoísta y despojadora? ¿Hay un capitalismo bueno?

El conjunto de medidas o paliativos en el mejor de los casos configura un "plan" de mejoramiento de la sociedad, no de cambio. No se trata de un nuevo proyecto de país, sino de retoques de lo existente. *(Parecía que el Agustino estaba entusiasmándose con el tema cuando Adriana preguntó: ¿cuál es la solución que usted sugiere dada esa descripción en la que parece no haber salida? E intervino Daniel: ¿no estará exagerado su planteo?)*

Los valores de la sociedad

¿A qué sociedad? *(repitió).* Me gustaría que lo pensáramos desde otro ángulo. Si tomamos en cuenta las experiencias que los mismos excluidos ensayan, si analizamos los valores que instauran a través de las actividades que organizan los cartoneros, las empresas recuperadas, autogestionadas, las cooperativas, uno podría pensar al revés: que es esta actual sociedad la que debe incluirse en la de los considerados excluidos, donde podrá encontrar un estilo de sociedad con valores de solidaridad, de trabajo, de ayuda mutua, de producción ecológica, de nuevas experiencias culturales, de protección comunitaria, de diferentes soluciones en la fabricación de viviendas. *(Usted siempre termina inclinándose por salidas utópicas, señala Esteban, no se ve entonces cómo pueda resolverse el problema. El Agustino simplemente resume y reitera.)*

Nuestra sociedad expulsora y supuestamente "incluida" es la que debiera incluirse en la de los actuales "excluidos", adoptando sus valores, es decir adoptar un proyecto de país que haga posible que no haya excluidos ni ahora ni en el futuro. Ese proyecto de país no es otro que el de la integración sudamericana guiado por los valores de vida, libertad, solidaridad, justicia y paz. ¿Es posible? *(Y se quedó callado, como meditando.)* ■



EL DURO APRENDIZAJE DE LA REVOLUCION CULTURAL

POR ALBERTO METHOL FERRE *

En América del Sur se juega si América latina será o no capaz de acceder a un cierto protagonismo en la historia o quedará en el anonimato de los coros.

El tema implica dos centros. Uno, el centro del mundo, es decir, los centros que guían al mundo, y el otro es donde uno vive y está. Uno inevitablemente reflexiona y piensa desde donde uno vive y es. El centro del mundo es cada uno de nosotros, irremediablemente, aunque en el mundo real ese centro sea dependiente de los centros reales. Pero hay una dialéctica incesante entre los centros protagónicos del mundo, de la historia real, y el centro desde donde se piensa la historia, que es el que vive cada uno y que uno, para pensar con natural amplitud, necesita que su centro atraviese los ejes protagónicos de la realidad. Si no coincidimos en nuestro centro vital con el eje protagónico de la realidad, no nos es fácil pensar con nitidez. Nos es fácil ser confusos porque estamos dependiendo intelectualmente de la irradiación de los protagonistas. Todos nosotros –latinoamericanos– somos en cierto sentido más dependientes que protagonistas en nuestro centro, intentando llegar a ser más protagonistas que dependientes, no sólo en los países sino en nuestra vida personal. Porque los países se manifiestan a través de las potencias y las impotencias de las vidas personales.

Hay cinco grandes Estados-Nación industriales que irrumpen en el siglo XIX como los dinamizadores y que forman parte hoy del Grupo de los Siete. Entre los siete países más ricos del mundo, más industriales del mundo, están los cinco que entraron al nivel de Estado-Nación industrial en el siglo XIX. Son Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Japón. Pero al iniciarse el siglo XX irrumpe en la historia mundial un nuevo acontecer, que se llama Estados Unidos de América. El poder mundial lo miraba con asombro, como nuevos ricos, pero aparentemente no alteraba el juego de nadie. Se despliegan en un avance continental gigantesco cuya única víctima importante es México, que era un país que nadie sabía adónde estaba sino por el fusilamiento del emperador Maximiliano, que era austríaco. Para Friedrich Ratzel, fundador de la geopolítica alemana, se trata de "la apertura de la era de los Estados Continentales". Sostiene que los Estados-Nación europeos están obsoletos, no sirven más, que Europa está obsoleta porque sus potencias se ilusionan con que están en el centro del mundo, pero ya hay un nuevo centro del mundo más real que ellos.

Europa como centro del mundo se termina y en América latina aparece la "Generación del 90". De una forma singular y ante la emergencia de ese poder que ve Ratzel, esa generación siente que "ha emergido un gigantesco poder". Era el tiempo en que se consolidaban las repúblicas periféricas y agroexportadoras que se habían independizado y separado: la Argentina estaba próspera, Uruguay estaba rico también, Brasil, con el café era la emergencia de San Pablo, y México, con Porfirio Díaz, "orden y progreso" para todos.

En esa situación aparecen en Uruguay, José Enrique Rodó y una generación como la del argentino Manuel Ugarte, el venezolano Rufino Blanco Fombona y el peruano Francisco García Calderón, un mundo de gente que se encontraba en París y se daban cuenta de que venían del mismo mundo latinoamericano, aunque todo se encontraba allá, porque aquí cada uno estaba atrincherado en su barrio, avizorando que los peruanos y los bolivianos no molesten o que los porteños no nos incomoden. Es desde allí que se replantea la vocación bolivariana de la unidad.

Concierto de potencias

Dice Henry Kissinger que la unipolaridad del Estado-Continental industrial más moderno que son los Estados Unidos no va a ser de largo plazo. Considera que el mundo va a evolucionar hacia un "concierto de potencias". Los Estados Unidos no tienen hábitos de concierto de potencias, han sido siempre unipolares, pero deberán hacer ese aprendizaje porque –de acuerdo con su análisis– se va a ir gestando en Eurasia durante los próximos veinte años del siglo XXI, un conjunto de potencias que forman la Unión Europea, Rusia, la India, China y Japón.

En América latina hay dos zonas básicas bien diferenciadas: una formada por México, América Central, las Antillas y el Caribe y otra que es América del Sur. En América del Sur se juega si América latina será o no capaz de acceder a un cierto protagonismo en la historia o quedará en el anonimato de los coros. México es la mayor potencia hispanohablante, pero está ligado a una cantidad de multienanitos que están en América Central y las islas del Caribe. Por eso carece de maniobrabilidad en la frontera del poder mundial máximo. Está solo y excéntrico respecto del lugar básico de América latina.

Por otra parte, Brasil es la mitad de América del Sur, en extensión, en población, en producto bruto neto. La otra mitad es hispanohablante. Somos dos mitades y la diferencia entre la luso-mestiza brasileña y la hispano-mestiza, es que la segunda está dividida. Brasil es un solo país, y los otros están divididos en nueve. De esos nueve hispanohablantes, hay cinco países medianos –Venezuela, Colombia, Perú, Chile y la Argentina– y cuatro pequeños, que son Ecuador, Bolivia, Paraguay y Uruguay. Los cuatro chiquititos apenas llegan a sumar el producto bruto interno de Perú, que es el último en la escala de los medianos.

De los cinco países medianos, la Argentina es el mayor, siendo equivalente en PBI a la suma de Venezuela, Colombia, Perú y Chile, y es en consecuencia el mayor poder hispanohablante de América del Sur. La alianza de Brasil y la Argentina equivale a los dos tercios de América del Sur. Por eso, el núcleo de aglutinación posible de la unidad de América del Sur es la unidad de Brasil y la Argentina. Hace 50 años, Juan Domingo Perón intentó hacer la alianza con Getulio Vargas, de Brasil, y con Carlos Ibáñez del Campo, de Chile, constituyendo el nuevo ABC, que entre 1951 y 1954 es el primer intento –frustrado, como ocurre siempre con lo que se inicia– de nacimiento de una política latinoamericana,

El equivalente aquí de la alianza franco-alemana es lo que planteó Perón en 1951, la alianza argentino-brasileña. El la llama el "núcleo básico de aglutinación" de todo el conjunto. Si se genera ese núcleo de aglutinación, dice Perón, inevitablemente va a arrastrar al conjunto y se podrá formar la Confederación de la América del Sur.

Perón es el refundador de la política latinoamericana en el siglo XX. Planteó el único camino real, modernización e industrialización latinoamericana de bases indígenas dinámicas. Antes de Perón, había un romanticismo latinoamericano, un ansia difusa de la unidad de América latina. Pero política es cuando se señalan los caminos reales, se distingue lo principal de lo secundario, porque si no cualquier cosa sirve para cualquier cosa.

Hace una década que el Mercosur es esencialmente la alianza estratégica más importante de la América del Sur y que inevitablemente lleva a intentar unificarse con la Comunidad Andina de Naciones. Pero el Mercosur no es una alianza entre la Argentina y Brasil como si fuera una alianza en el Pacto Andino o en otro lado. Es la alianza constituyente de las posibilidades de la unidad de América del Sur. Por eso reniego del nombre de Mercosur. Eso es un subtítulo. Es pensar que estamos haciendo sólo mercado. Bienvenido el mercado entre nosotros, y bienvenido el que se desarrolle, pero lo fundamental es que tendríamos que llamarnos "Unión Sudamericana". Porque es ésta la única posibilidad real de Unión Sudamericana.

ALCA: la daga de Herodes

Y hoy estamos en el conflicto del ALCA emergente que todavía nadie sabe lo que es, pero sí que es un invento para matar al Mercosur. El ALCA nace de la Iniciativa de las Américas, de George Bush padre, en junio de 1990. Pero en julio de ese año, se firma el Acta de Buenos Aires entre Fernando Collor de Mello y Carlos Saúl Menem. De los 32 países que serían los que integran el ALCA, 20 alcanzan el 0,01 del PBI de todos los otros países, de manera que hay una cantidad ya de pigmeos absolutos y que van a ser usados en contra nuestra. No hay inconveniente en hacer zonas de libre comercio con Estados Unidos o con Europa, si logramos un cierto concierto de poder interno, una regionalización que nos permita tener una presencia, una voz, una economicidad y una posibilidad. Porque el asunto no es solamente económico.

Educación y cultura

Se nos dice que la educación es el eje, pero nuestras universidades son bachilleratos ampliados, porque ninguna tiene el capital suficiente para generar altas especializaciones en energía nuclear o en ciencias biológicas, por ejemplo. El único modo es que sepamos que una política de la cultura es más importante aún que la empresarial. Aún el país industrial más importante que es Brasil, exporta básicamente commodities. No exporta nada vinculado a asuntos de punta, sino el equivalente industrial a los commodities agrarios, lo más rústico en la industria. Lo contrario exigiría capacitar 70.000 especialistas en las industrias de punta todos los años, como hacen los hindúes.

El Mercosur no enfrentó nunca una política de la cultura porque el estudiantado desapareció, porque no hay movimientos estudiantiles en América latina. Hubo un holocausto de las juventudes en los años 60 y 70 en América latina entera, de Tlatelolco a Buenos Aires. El estudiantado latinoamericano, que había sido el portavoz del latinoamericanismo, el creador en el siglo XX de la mejor herencia de América latina, quedó sin historia, afónico, lelo, y ahora no sabe nada de sí mismo y no se mueve por nada. Y quedaron por el otro lado las uniones regionales del Mercosur en manos de funcionarios, de técnicos, pero no quedó en la juventud de los pueblos. La juventud de los pueblos es la que genera lo nuevo. Es lo que debemos recuperar.

Si el Mercosur queda encerrado en los límites mercantiles, está perdido. El Mercosur requiere una gigantesca revolución cultural. Estamos haciendo un duro aprendizaje entre todos ■

** Alberto Methol Ferré es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Montevideo, profesor de Historia de América Latina en el Instituto Artigas del Ministerio de Relaciones Exteriores y miembro de la Academia de Historia Marítima y Fluvial.*

EL MERCOSUR QUE NO FUE Y EL QUE DEBERIA SER

POR MARIO RAPOPORT
mrapoport@sitioima.com.ar

Hay que reconocer que el esquema de integración prevaleciente durante la década del 90 sufrió los avatares del modelo neoliberal en el que se enmarcó.

Las características del proceso de integración

La integración del Cono Sur tiene una profunda raíz histórica. Desde las propuestas de Alejandro Bunge a principios del siglo XX y la firma del Tratado del ABC (Argentina, Brasil, Chile) en 1915, pasando por las ideas integracionistas de Juan Domingo Perón y el encuentro argentino-brasileño de 1961, en Uruguayana, existe la intención de constituir un espacio económico y político que fortalezca el desarrollo y la posición de cada uno de los países de la región en el contexto internacional. Estas iniciativas, como las más extensas que se han implementado con poco éxito a nivel de toda Latinoamérica (Alalc; Aladi), estuvieron, con mayor o menor fuerza, siempre presente en las estrategias nacionales. Su manifestación última y más vigorosa, el Mercosur, atraviesa hoy una etapa de transición de cuyo desenlace depende su futuro. La última cumbre del bloque, a pesar de sus optimistas declaraciones, su direccionamiento hacia una verdadera Comunidad Sudamericana y la incorporación de otros miembros asociados, plantea algunos interrogantes en cuanto a los objetivos finales buscados, al tiempo que la controversia con Brasil en torno de la importación de productos industriales, que se produjo simultáneamente, puso nuevas piedras en el camino. Ambas cuestiones merecen, sin embargo, un análisis diferenciado.

En verdad, debemos reconocer que el esquema de integración prevaleciente durante la década del 90 sufrió los avatares del modelo neoliberal en el que se enmarcó. Desde la Argentina, en particular, el Mercosur formaba parte de un modo de relación con el mundo que, desde el punto de vista político, implicaba una política de alineamiento automático con los Estados Unidos, renunciando a toda ambición de autonomía y a la formulación de estrategias regionales comunes. En lo económico, por su parte, a fin de insertarse de mejor manera en los mercados globalizados, se procuraba lograr un espacio ampliado que potenciara la competitividad en aquellos productos en los que se contaba con ventajas comparativas a nivel mundial. Pero así se resignaba un proyecto de integración productiva a escala regional, como se planteó en los primeros acuerdos con Brasil a través de convenios sectoriales del que sólo sobrevivió el de la industria automotriz. En esta visión, el desarme arancelario al interior del bloque sólo complementaba el que se efectuaba en forma unilateral con respecto al resto del mundo y el espacio regional era concebido, sobre todo, como plataforma para la incorporación en forma dependiente a un sistema productivo cuyo centro se encontraba en las economías desarrolladas.

Pese a todo, el Mercosur adquirió en alguna medida una dinámica propia que le permitió dar cuenta de su enorme potencialidad. Muestra de ello es el incremento del intercambio mercantil dentro del bloque, que llegó a representar para la Argentina casi un 60 por ciento de sus exportaciones, pero, más aún, las características propias del mismo. Si bien está lejos de ser una panacea y existe una clara asimetría en el tipo de productos que se comercian entre los distintos miembros, es innegable que la composición de las exportaciones intrabloque es más favorable que la que se evidencia para el resto del mundo. Por ejemplo, en el caso de nuestro país, las manufacturas de origen industrial, de mayor valor agregado, constituían, aún en 2003, el 43 por ciento de las exportaciones al Mercosur, al tiempo que no alcanzaban el 23 por ciento cuando su destino estaba fuera de los límites de éste.

Sin embargo, en el momento en que el esquema neoliberal predominante en los países de la región comenzó a deshilacharse, con la devaluación en Brasil y luego con la salida de la convertibilidad en la Argentina, la caída de la actividad hizo que el comercio regional se estancase y que esto se transmitiera a toda la estructura comercial del país, que con el amplio superávit que gozaba con el bloque del sur financiaba parte de su déficit con otros bloques. Por lo tanto, la limitada idea sobre la que se concibió el Mercosur no logró verificarse y cuando el impulso de la primera etapa se agotó, se resquebrajó por completo el esquema propuesto, dando argumentos a quienes promovían su desaparición en favor del ALCA, en especial en la Argentina.

Refundar lo fundido

La mejor inserción internacional es aquella que potencie el desarrollo en base a la conformación de un sistema productivo capaz de garantizar el crecimiento y la acumulación. Las características del mundo actual y el retroceso que sufrió la Argentina desde mediados de los años '70 obligan a un replanteo del modelo económico predominante y, en particular, a un análisis minucioso de las alternativas que se presentan en el Mercosur y más allá de él. La ineficacia de la estructura de las exportaciones de la región (principalmente recursos naturales) para asegurar el crecimiento, la persistencia de las barreras al ingreso de sus principales productos en los mercados de los países desarrollados y el impacto negativo de la eliminación asimétrica de las barreras aduaneras que se proponen en las negociaciones con otros bloques, deben tomarse muy en cuenta a la hora de repensar las características actuales de nuestras relaciones internacionales. En este sentido, es evidente que replegarse sobre el mercado interno no alcanza, pero esto no es lo mismo que afirmar que todo acuerdo de libre comercio es beneficioso sin atender previamente su repercusión sobre el perfil de la producción nacional.

En este contexto, la propuesta de limitar las importaciones de ciertos productos industriales brasileños, que se planteó recientemente, cobra otra significación. No es la expresión de una crisis final y sin retorno del proceso de integración regional, como lo dieron a entender algunos sectores interesados sino, por el contrario, la conjugación de políticas industriales divergentes con un tipo particular de integración resultante. Para ser claros, al comparar la evolución de los dos países más importantes del bloque en términos económicos, es inevitable destacar que mientras uno cuenta con una política de Estado de apoyo a la industria, que viene de larga data y que se reconoce en la existencia de un poderoso Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (Bndes) o de programas que fomentan la exportación, como el Proex, nuestro país ha sostenido 30 años de políticas económicas que promovieron la desindustrialización. La solución real no radica en elevar aranceles sino en asegurar incentivos y una política crediticia propia para el sector industrial argentino, al tiempo que se coordinan con Brasil acciones a fin de propender a un desarrollo industrial común.

BERNARDINO AVILA



Es por ello que, si a principios del milenio el Mercosur meramente comercial, en un espacio donde predominan las empresas transnacionales, ha mostrado sus límites, el proyecto de una vinculación regional más estrecha dentro de una nueva visión estratégica propiciada desde los respectivos Estados sigue teniendo significación y resulta fundamental para el devenir soberano de nuestros pueblos. Es preciso diseñar un proyecto común, donde no sólo el mercado consumidor sino, y sobre todo, las cadenas productivas, con una alta proporción de industrias nacionales, adquieran una dimensión regional, desarrollando complementariedades, diversificando y tornando más eficiente la estructura económica del espacio compartido y ampliando, de este modo, el grado de autonomía del conjunto. En ese contexto, se trascendería la limitada perspectiva arancelaria para pasar a propiciar medidas que apuntalen la producción, mientras se procura fortalecer la posición del bloque en los foros internacionales. Como señala el brasileño Ricardo Seitenfus existe una diferencia "entre un futuro proyecto inacabado y la actual ausencia de proyecto".

Así adquiriría funcionalidad la creación de instituciones regionales, no sólo económicas sino también políticas y culturales, que tengan incidencia en los respectivos países, involucrando más activamente a los gobiernos y a las sociedades. Se deberían coordinar las políticas macroeconómicas, formular estrategias internacionales comunes, hacer converger programas educativos y de investigación y desarrollo e implementar políticas sociales y de empleo, que combatan flagelos como la desnutrición, los problemas sanitarios y los bajos niveles de educación formal para amplios segmentos de la población.

En definitiva, el nuevo impulso al proceso, proveniente de la voluntad política existente en distintos gobiernos de la región así como de la auspiciosa ampliación hacia nuevas áreas del continente como, por ejemplo, Venezuela y, con otras características, México, no llegará demasiado lejos de no mediar un cambio de enfoque del conjunto del bloque y a nivel de cada país. La conformación de una "Nación Sudamericana" exige como condición primera, más allá de la retórica, distinguir entre nuestras necesidades y las ajenas, para ser capaces de crear una nueva entidad colectiva que perdure en el tiempo como los propios países que la integran ■



EFE

LA LUCHA DEBE SER CONTRA LAS DESIGUALDADES

POR ALEXANDRE ROIG

El proyecto del fin de la historia es por ende un proyecto de desconflictualización de la sociedad.

Cuando en 1992 Francis Fukuyama publica *El fin de la historia y el último hombre*, transcribe con gran claridad la realización de la utopía neoliberal. Caído el muro, la democracia liberal y la economía de mercado se convierten en los paradigmas del único modelo de desarrollo posible. La historia ha terminado, sellando un consenso, bautizado de Washington. Sin embargo, sabemos en carne propia de las fragilidades de estos fines y de la permanencia, para no decir la inmanencia de la historia, de los conflictos. ¿Cómo interpretar entonces este discurso que proclama el fin de algo que no terminó y no terminará?

Permitámonos inscribirlo en la categoría de proyecto y leer sus sutiles entrelineados desde el análisis que se puede hacer de un objetivo político más que de una realidad histórica. El fin de la historia es un proyecto político en manos de los actores que impulsan la globalización. Y este último, su traducción en proceso, a su vez imperfecto e imposible. Para demostrar esta afirmación, empecemos por las mentiras que nutren este discurso, para preguntarnos qué está realmente globalizado.

¿El comercio internacional? No. Según la OMC, el 75 por ciento de los intercambios internacionales son comercio intra-zona, es decir entre los países de la tríada. El resto del mundo tiene una participación casi insignificante.

¿Las finanzas internacionales? Sí y no. Globalizada está la capacidad del capital de moverse de un lugar al otro del mundo. No está globalizada su propiedad concentrada en un 95 por ciento en manos de los países centrales, como recuerda Dominique Plihon en *El nuevo capitalismo*.

¿El trabajo? No. Basta ver las políticas migratorias de los países centrales para entender el absurdo de hablar de globalización del trabajo. ¿Qué está globalizado entonces? En primer lugar, la creencia en que todo está globalizado y que el mundo converge hacia la democracia liberal y la economía de mercado. En segundo lugar, está globalizado el temor al conflicto. El gran vencedor del Consenso de Washington es justamente la noción de consenso. La globalización se funda en un mito central: no hay alternativa al modelo de desarrollo, no puede haber conflicto sobre su bien fundado. Por lo tanto, el mayor enemigo de la globalización fue, es y será la existencia de alternativas, sean éstas al nivel discursivo o de políticas concretas. El proyecto del fin de la historia es por ende un proyecto de desconflictualización de la sociedad. Pero, ¿cómo se establece concretamente este objetivo?

En primer lugar afirmando que hay consenso en que la economía de mercado y la democracia liberal son el único modelo posible. Todo aquello que venga a perturbar este orden es una anomalía, una patología de sociedades inmaduras que no entendieron el maravilloso carácter armónico del mercado y del pluralismo liberal. Naturalizar la globalización demoniza toda alternativa.

En segundo lugar, evacuando todo aquello que pueda cuestionar el consenso: el conflicto social, el conflicto político y el conflicto sobre los valores fundantes de una sociedad. Esto se traduce, al nivel internacional, en las políticas de lucha contra la pobreza, de buena gobernancia y de transformación de los derechos humanos.

La lucha contra la pobreza, como política y discurso, la describe como una forma de exclusión al mercado y para esta política, la lucha contra la pobreza es crear las oportunidades de acceder al mercado. Dos consecuencias surgen de este planteo. En primer lugar, niega el hecho de que la pobreza es el fruto de una relación excluyente, forma actualizada de explotación extrema, del siempre vigente ejército de reserva. En segundo lugar, transforma la explotación en algo deseable: ¡No te quejes, que por lo menos tenés trabajo! Qué mejor manera de desconflictualizar la sociedad que positivando la explotación. ¿La lucha no debería ser en contra de las desigualdades que son las verdaderas causas de la pobreza?

En la buena gobernancia se alude a las formas "ideales" de organización del orden político. Nacido bajo la pluma de la Alianza para el Progreso, se actualiza en 1989 en los foros del Banco Mundial. Otra vez el conflicto es el centro del temor y la política, un peligro. Si hay consenso sobre el hecho de que la economía es de mercado, toda discusión política tiene que limitarse a una discusión gestionaria en la cual el Estado se subordina a los intereses del mercado, a los intereses privados. Ahora bien, la política no consiste justamente, entre otros objetos de acción, en establecer este límite entre lo que es mercantil y lo que no lo es. La buena gobernancia plantea, pues, una sociedad donde lo esencial no se discute: se afirma y se gestiona. La existencia del conflicto político implicaría asumir los conflictos de intereses, y las tensiones entre lo público y lo privado implicarían que puedan existir alternativas de desarrollo.

De más reciente corte es el discurso sobre los derechos humanos. Dónde más buscar la construcción del consenso si no es en la transformación misma de los valores. Los derechos humanos –en su expresión internacional de la Declaración Internacional– son por definición contradictorios, conflictivos. Son la síntesis de una sociedad donde el derecho a la propiedad coexiste con el derecho al trabajo; donde los derechos individuales se enfrentan tantas veces a los colectivos; donde la libertad se sienta al lado de la igualdad. Sin embargo, el fin de historia como proyecto implicó una transformación de estos derechos hasta el punto en que se reformulan los derechos colectivos en derechos individuales, y en donde el derecho al trabajo, a la educación, a la salud se transforman en un derecho individual otorgado por el mercado.

Esta breve reflexión no puede dejar de preguntar entonces ¿qué hacer? La respuesta, a la luz de lo aquí escrito, es reestablecer la centralidad del conflicto sobre y en el seno del modelo de desarrollo, en la sociedad, en la política y en los valores. Resistir a la globalización es valorizar el conflicto, organizarlo, darle todo su potencial de creatividad y construir así alternativas que no son más que nacimientos distintos ■

GLOBALIZACIÓN Y UNIDAD LATINOAMERICANA

POR VICTOR SANTA MARIA
vsantamaria@sitioima.com.ar

Una de las tareas que implica la reconstrucción del tejido social es restablecer y fortalecer los lazos que unen a la sociedad con el Estado que la representa.

Vivimos un tiempo marcado por el fenómeno de la globalización. Esta tendencia abarca una diversidad de aspectos que incluye las comunicaciones, la información, la cultura, ciertos hábitos de consumo, entre otras cosas, pero fundamentalmente universaliza problemas como la exclusión social y la marginalidad, la precarización del trabajo, la inseguridad y la extinción del Estado de bienestar. En un extremo nos encontramos con los costos sociales y ambientales de la globalización y en el otro extremo emerge la realidad de un poder económico globalizado, donde la economía financiera subordina a la economía real a través de sus organismos internacionales, que condicionan la política y deciden el destino de los mercados locales en una dinámica de hierro que genera al mismo tiempo concentración económica y desintegración del tejido social.

Las dos últimas décadas del siglo pasado significaron la consolidación de este esquema, de la mano del pensamiento único instalado por el neoliberalismo, con ficciones tales como la teoría del derrame, que nunca llegó a la práctica, o la caracterización casi religiosa del mercado como el asignador más eficiente de los recursos disponibles. Ocultando que se trataba de la eficiencia del verdugo que "hace lo que hay que hacer" para beneficiar a unos pocos en perjuicio de la inmensa mayoría restante, privatizando las ganancias y socializando las pérdidas.

Esta combinación devastadora de globalización y neoliberalismo destruyó sistemáticamente nuestro país –a punto de terminar convirtiéndose en un caso testigo– a lo largo de los veinticinco años que siguieron a la implantación de la dictadura más sangrienta de la historia argentina. Así, el aparato productivo nacional quedó reducido a su mínima expresión, dando inicio a una desocupación endémica; el Estado fue desmantelado y endeudado salvajemente, transfiriendo al mercado gran parte de sus herramientas de incidencia sobre la economía, y la calidad de vida de la población se deterioró, hasta dejar a seis de cada diez argentinos por debajo de la línea de pobreza.

La reconstrucción del país en la que está comprometida la gestión del presidente Néstor Kirchner viene dando señales claras de una voluntad firme de autodeterminación también en el contexto internacional. La decisión de avanzar en el sentido de la unidad latinoamericana retoma desde el presente una de las banderas más preciadas de las mayorías nacionales. La base cierta de esta convicción es el Mercosur, a partir del cual se promueve activamente una ampliación paulatina. La proyección en el futuro de esta orientación es de importancia estratégica, en un mundo donde las relaciones internacionales tienden a darse mayormente entre grandes bloques regionales, lo que brindaría mayores posibilidades de una inserción internacional conveniente para América latina.

Pero esta integración no puede restringirse a una mera formalidad institucional entre los Estados o a los acuerdos comerciales. Porque es necesario comprender que en la unidad de América latina se cifra gran parte de nuestro destino y por eso precisa de una integración efectiva de los pueblos, en lo político y económico, pero también en lo social y lo cultural, donde se expresa la riqueza humana que surge de la diversidad. En este sentido las organizaciones de la sociedad civil tienen toda una experiencia para compartir en cuanto al intercambio que es necesario acentuar. Seguramente las organizaciones sindicales son las que cuentan con un historial más extenso en cuanto a la participación internacional. Pero esto también parte de otras expresiones de la iniciativa social como la defensa de los derechos humanos, el cuidado ambiental o la defensa de los consumidores.

El desarrollo de industrias sin chimeneas como es el caso del turismo y otras industrias culturales encuentra entre nosotros un potencial que, especialmente en el caso argentino, todavía está lejos de desplegarse del todo.

El desafío al que nos enfrentamos de cara al futuro es volver a ser un país integrado tanto hacia el interior como hacia el contexto regional. Para articular las diferentes integraciones pendientes es fundamental un cambio de conciencia del conjunto de la sociedad, que siguiendo el ejemplo de las organizaciones sociales asuma la responsabilidad sobre su propio destino y actúe de manera consecuente. Una de las tareas que implica la reconstrucción del tejido social es restablecer y fortalecer los lazos que unen a la sociedad con el Estado que la representa. De esta manera estaremos recuperando el verdadero sentido de la democracia que elegimos como forma de vida. Avanzando desde el respeto a la democracia formal hacia la construcción de una democracia real. Ese camino es lo que entendemos como democracia militante, una interacción creativa y constructiva de la sociedad a través de sus organizaciones y el Estado, que armonice los intereses particulares con el bien común.

Frente al autoritarismo del poder económico debemos convertirnos en una democracia militante con un ejercicio pleno de nuestra ciudadanía, asumiendo que nuestro destino está indisolublemente ligado al de América latina. Frente a las consecuencias negativas de la globalización, debemos responder poniendo el acento en el ámbito local como base de la integración, donde se padecen los efectos de la exclusión y la fragmentación social. Ese necesario desarrollo local deberá inscribirse en el marco de la implementación de un nuevo Proyecto Nacional que defina el perfil del país que nos debemos. Hoy nos encontramos en la oportunidad histórica que significa contar con un Gobierno en sintonía con las aspiraciones y esperanzas de su pueblo. Para hacer realidad la Argentina que soñaron nuestros mayores. Con autodeterminación y dignidad. Con justicia social. Lo que se dice, un país en serio ■